

terreno y carnal. El camino de perfección del alma hacia la morada extática del amor divino, hacia la unidad definitiva en Dios, pasa por la mortificación del cuerpo, por la enfermedad y el dolor. Una simbólica muerte física, así como la absoluta dejación de la voluntad en Dios, la autohumillación, el olvido de sí y la servidumbre fueron entendidas por la Santa como necesarias ofrendas que la conducirían al arrobamiento místico. Ese «embobamiento» en Dios por el que exige, a través de las cuatro primeras Moradas, la renuncia paulatina a las potencias del alma: al entendimiento, a la imaginación, a la sensibilidad y a la voluntad, son, en su concepto, otras tantas condiciones para acceder a las Moradas superiores y alcanzar finalmente la gran fortaleza cristalina de la interioridad vacía, el Yo absolutamente vaciado para llenarse de Dios.

Subirats establece un ingenioso y brillante paralelismo entre las secuencias de esa progresiva dejación mística y las fases del proceso de *epoché* en el desarrollo de la duda cartesiana: ruptura con el pasado y con las antiguas opiniones, es decir, renuncia a la memoria; rechazo del testimonio de los sentidos; desconfianza hacia la imaginación e incluso puesta entre paréntesis de la propia identidad subjetiva: «El yo se revela como un sueño, el mundo aparece como la maquinación de una voluntad maligna, el universo es revelado súbitamente como una angustiada representación gobernada por el demonio.» Y así, al igual que Santa Teresa, Descartes, partiendo siempre de la experiencia íntima, autobiográfica, sensible a los detalles y afectos de la propia alma, labraría un camino de despojamiento, de renuncia a la subjetividad. La conversión del cuerpo en una máquina, en un autómatas obediente a la razón universal conduciría al Dios de la verdad absoluta.

Tales serían, según Subirats, los episodios filosóficos clave para entender la crisis y la transición al *ethos* de la modernidad. A su través el sujeto moderno se convierte, en efecto, en un «autómatas trascendental». Protagonista de una lucha contra la felicidad subjetiva, conforma su único anhelo en dominar la naturaleza entera —y a su propio cuerpo, como una parte más de la naturaleza— mediante el conocimiento racional. Una identidad abstracta —como la de la moneda— fundada en el frío cálculo, en el distanciamiento de la vida emotiva y espontánea, en el trabajo infatigable, en la astucia de la inteligencia que todo lo sacrifica al provecho, la utilidad, la eficacia de la dominación y la productividad serían, según Subirats, las características del individuo moderno, solipsista y desdichado. De tales sujetos se nutriría el orden de la racionalidad científico-tecnológica.

La Fenomenología de Subirats culmina, pues, como la de Hegel, con el triunfo de la Razón. Pero una Razón que no ha significado el acceso al reino de la Libertad, sino al de la servidumbre voluntaria. Y el malestar de la cultura consiguiente, engendraría esa melancolía, esa protesta de la sensibilidad individual, esa nostalgia por un paraíso perdido e irrecuperable en el que la espontaneidad del amor fuera posible. Parecida queja ha resonado ya en Rousseau, Kant o Freud. Subirats se suma a ese mismo reproche contra la fría Razón que, indiferente al destino del hombre, convierte sus anhelos de felicidad en una vacía esperanza.—PILAR PALOP JONQUERES (*Valdés Salas*, 2, 8.º OVIEDO).

## Blecua y la poesía del Renacimiento \*

A José Manuel Blecua se deben, como es bien sabido, importantes textos críticos sobre literatura española y sobre todo modélicas ediciones de nuestros clásicos, especialmente referidas al Siglo de Oro. Por mencionar sólo algunas de ellas, destaca la insuperable edición —que, sin embargo, no considera definitiva nuestro autor aún— de la poesía de Francisco de Quevedo, publicada por Castalia y por Planeta, y que vino a aclarar un complejo panorama textual al respecto; o la edición de la obra poética de Lope de Vega, publicada en Planeta y en edición crítica en Castalia; o la del *Laberinto de Fortuna*, de Juan de Mena, de Clásicos Castellanos... o un largo, larguísimo etcétera, que nos habla de su amor y devoción hacia este tema de la poesía de nuestro Siglo de Oro que con tanto cuidado él rescata en ediciones modernas.

La obra crítica de José Manuel Blecua merece, por tanto, la admiración de todos los especialistas en el tema de la literatura española, y la aparición de un nuevo volumen editado bajo su cargo siempre hace pensar en rigor científico, en mano cuidadosa y delicada, en exactitud, en juicios serenos y adecuados, en amor a nuestra literatura que se expresa incluso en las notas críticas de indudable valor que acompañan a sus ediciones. Textos, por tanto, insuperables desde el punto de vista crítico.

La novedad que presenta el libro que ahora reseñamos se refiere a la índole de su tema. Porque la poesía de nuestro Siglo de Oro es conocida, en líneas generales, pero aquí se trata de plantear un panorama completo, con rigurosa exactitud cronológica en su desarrollo, que dé una visión lo más completa posible de la época.

Según se indica en el prólogo, la antología se presenta ordenada por fecha de nacimiento de cada poeta, lo que significa un cierto criterio generacional de gran importancia, pues a veces unos autores cultivan géneros rezagados y esta acronía es índice valioso. La antología, en este su primer tomo, se detiene en 1560, fecha alrededor de la cual nacen los poetas Góngora, Lope, los Argensolas —cuyas *Rimas* él ha editado también—, que piensa incluir en un segundo volumen que inicia otra nueva poesía que culminará con *Las Soledades*, los sonetos de Lope, Quevedo y otros poetas. Indica cómo en este segundo grupo por editar algún poeta tiene más de renacentista que de barroco, como Medrano, pero prefiere utilizar siempre un criterio cronológico y no buscar otra solución.

En esta edición se contienen interesantes notas de datos biográficos de poetas que no suelen aparecer en los manuales de historia de la literatura, en las que anota lo que ha podido averiguar acerca de ellos, acudiendo preferentemente a impresos, aunque en algunos casos se sirve de manuscritos.

La edición que comentamos tiene un valor indudable para el público universitario, al que parece ir dirigida, pues plantea una panorámica general del tema de nuestra poesía en la Edad de Oro, que incluye las diversas tendencias al uso, y en la que

---

\* *Poesía de la Edad de Oro. I. Renacimiento.* (Edición de José Manuel Blecua.) (Clásicos Castalia núm. 123.) Ed. Castalia. Madrid, 1982.

coexisten autores muy diversos y de diversas tendencias poéticas y diferente valoración por la crítica posterior. Ello es de gran interés porque nos presenta este panorama expurgado de las consideraciones valorativas postreras. Los autores incluidos responden simplemente a un criterio cronológico y ello nos hace saber acerca de ese período, en sus diversas tendencias en las que coexisten, por ejemplo, un Arias Montano, con un Fray Luis de León o un Diego Ramírez Pagán —de gran valor literario y poco reconocido— con un Jorge Montemayor. Lo que importa, por tanto, es el valor de conjunto, la consideración global que sirve como testimonio histórico y que aúna a autores que la crítica posterior ha separado por considerarlos más o menos valiosos. Aquí no hay criterio de valor, sino criterio histórico, y ello nos hace conocer mejor el ambiente literario de la época.

Otra aportación indudable de esta edición es que nos descubre valores olvidados, autores perdidos para la crítica, autores relegados a veces injustamente.

Esta edición viene acompañada de un prólogo exacto y breve, de unas quince páginas, que presenta sucintamente el panorama diverso de las tendencias poéticas de la época.

Comienza así Blecua por referirse a 1526 como la fecha más importante en la historia de la poesía española, la fecha del encuentro entre Juan Boscán con Andrea Navagiero, embajador de Venecia, en las tornabodas granadinas del emperador con Isabel de Portugal. y recoge el texto íntegro, bien conocido, de la carta de Boscán a la duquesa de Soma, donde cuenta cómo se decidió a escribir a la manera italiana, abandonando la vieja poesía castellana, de cuya tendencia se incluyen curiosos e intransigentes versos de Cristóbal de Castillejo en esta antología.

Se refiere también a la aclimatación del endecasílabo y de toda la temática petrarquista, aunque la vieja poesía sigue conviviendo, curiosamente, con la nueva. Y se recogen otros textos menos conocidos de Boscán en la misma carta a la duquesa de Soma.

Hay también una elogiosa referencia, como no podía ser menos, al *Cancionero General*, de Hernando del Castillo, publicado en Valencia en 1511, que reúne la poesía desde Juan de Mena a los poetas de la Corte de los Reyes Católicos, en arte mayor o en octosílabos, con nueve ediciones desde 1511 a 1573 que van aumentando de contenido.

También a los romances, despreciados por Santillana en su *Carta proemio*; pero a fines del XV estos romances y canciones han ascendido de la calle a la Corte. Y el *Cancionero de Romances*, de Martín Nucio, publicado hacia 1547 y más tarde en 1550, en pleno auge de la poesía italianista.

De todas estas tendencias diferentes va a dar cuenta esta valiosa antología, que será especialmente apreciada por el público universitario, y que quizá pueda alcanzar a descubrir algo aún a los estudiosos especialistas en el tema que se acerquen a ella como quien se aproxima a algo nuevo.

Quiero destacar una referencia que encuentro en la introducción del profesor Blecua y que me ha llenado de satisfacción, porque coincide con una de mis constantes devociones en este período. Me refiero a la «canción», que adquirirá un vigor extraordinario en la corte de los Reyes Católicos, donde se recopila el célebre